



PERIÓDICO DOMINGUERO, TEMPESTIVO Y JOCO-SATÍRICO

		DIRECTOR: JÚPITER		
AÑO V	SUSCRICION	SEGOVIA 6 DE ABRIL DE 1884	ORIGINAS	TORN <sup>ta</sup> 187
	Trimestre, 1 peseta 50 cénts. Número suelto, cinco cénts.		Plaza de Alfonso XII, 14. Librería, plaza Mayor, 28.	

## LA LOCOMOTORA EN SEGOVIA.

La verdad es, que cuando las cosas se hacen bien por quien las hace, todo sale á pedir de boca, todo se termina á satisfaccion, gusto y deseo del más exigente, nada falta ni nada sobra, y esto es, precisamente, lo que ha sucedido ahora, aquí, en los festivos que nos han proporcionado las Corporaciones provincial y local unidas, con motivo de la llegada al pie de los vetustos muros de nuestra histórica ciudad, del elemento poderoso de civilizacion, que, para que todo sea grande en ella, hasta tiene un nombre tan sencillo como expresivo, Loco-motora, que hasta leerle tan sólo, para comprender desde luego para qué sirve, de qué se compone y cuál es la mision que está llamada á desempeñar en el movimiento de la vida de los pueblos en todas sus múltiples y variadas manifestaciones.

Por supuesto, que á nosotros nada nos ha sorprendido; sabiamos que la locomotora tenia que llegar aquí un día ú otro, porque conociendo la formalidad que preside á todos los actos de la compañía de los caminos de hierro del Norte, concesionaria de la línea, y la seriedad con que reviste los suyos la empresa constructora, de que es representante el distinguido ingeniero Sr. Muruve, no habia más remedio que ello tenia que ser.

Sabiamos tambien á donde rays la galanteria de los individuos de nuestro Ayuntamiento y de nuestra Diputacion y, sobre todo, el exquisito tacto y finura de sus presidentes los Sres. Torre Ajero y Ochoa (D José); de modo que, con estos datos, no era muy aventurado y no se necesitaba torturar lo más mínimo la imaginacion para comprender lo que iba á pasar.

Y efectivamente así fué: las corporaciones citadas, prepararon carruajes para que sus invitados se trasportaran hasta el sitio denominado La Aparecida, que por haber en

él situado un paso á nivel, era el punto más á propósito para «tomar» el tren, el cual, compuesto de dos coches salones y otros de primera clase, era arrastrado por la locomotora, que engalanada con banderas y ramaje, ostentaba como nombre provisional y mientras se la confirma en él para siempre, el de nuestro malogrado paisano D. Anacleto Pérez Rubio, que demostró un celo, una energia y un entusiasmo tal en los albores de este vital asunto, que hay sospechas, no infundadas por cierto, de que su prematura muerte fué debida á haber llevado más allá de lo que la prudencia aconsejaba, aquellas envidiables cualidades. El tributo no podia, pues, ser más justo ni merecido, y las personas que se lo rindieron pudieron comprender el acierto con que habian obrado en esto, viendo la satisfaccion pintada en los semblantes de los que leian la enseña atada á la base de la chimenea de la locomotora; satisfaccion que no disimulaba, sin embargo, el dolor del recuerdo triste de la pérdida del amigo.

El tren fué tomado, como decimos, por las corporaciones, autoridades, ingenieros de la division del Norte, de la compañía y de la empresa constructora; jefes y empleados de los distintos ramos de la Administracion de la provincia; jefes y oficiales de la Academia de Artilleria y de los diversos institutos del ejército que guarnecen esta ciudad; representantes de la prensa local; presidentes de los centros de instruccion y fomento de sus intereses morales y materiales y gran número de particulares, todo, en fin, cuanto Segovia encierra de notable en todos los ramos; y una vez guardada en el seno de aquel, tan brillante comitiva, hizo sonar el silbato de su locomotora el maquinista Sr. Rodriguez, hijo de esta poblacion; abrió el regulador de la misma y con velocidad más que regular, para no hallarse todavía balastada la via, pero que la permitia el excelente asiento que en la misma se habia observado, se llegó á la estacion de Segovia, donde un inmenso

gentio, compuesto de todas las clases sociales, recibió, tan atónito y asombrado, el primer tren que aquí venía, que ni aun tuvo ocasión de manifestar su entusiasmo con esos gritos y algazara, bulla y movimiento que se suceden en ocasiones como la presente.

—Pero, hombre, ¿dónde va V., don Lorenzo, así, tan de prisa y sin reparar que atropella á los amigos?

—¡Ah, V. dispense! ¡No le habia visto á V! ¿Le he lastimado?

Llego á la estacion en este momento y no me dejaban entrar en el anden, y yo quiero verla, quiero tocarla y siento no tener brazos suficientes para estrecharla con efusion contra mi pecho.

—¡Pero hombre de Dios! ¿A quién quiere V. abrazar con ese afán, si en el tren no vienen más que hombres?

—Que ¿á quién? ¿A ella, á la locomotora, á la que trae la vida, el bienestar y la prosperidad de mi pueblo y de mi provincia. Pues qué, ¿no sabe V. que soy segoviano y que he estado toda mi vida suspirando por verla cruzar estos campos? Ya, aunque me muera, nada me importa: ya está aquí. ¡Viva Segovia! ¡Viva la civilizacion! ¡Viva el progreso!

—¡Bien, hombre, bien! Celebro y aplaudo mucho el entusiasmo de V.; pero en verdad que antes hubiera V. y todos sus paisanos realizado este bello ideal, si desde hace mucho no se hubieran empeñado en imposibles; porque, observe V., la locomotora viene por el lado del Norte.

—Pero ahora la empujaremos hácia el Mediodia y ya verá V. cómo llega. Pues qué ¿esa poderosa máquina que parece que tiene vida en sus organismos, no ha de tener fuerza para salvar esas cordilleras de montañas? ¿Qué pueden, qué valen esas osamentas viejas del mundo, ante lo que pueden y valen los recursos de la ciencia moderna? Pronto se verán allanadas todas esas que hoy llamamos desigualdades y que eran para nuestros padres, verdaderos abismos, y entonces, prolongando esas dos estrechas cintas de hierro, iremos y volveremos con «rapidez» y «quietud» tales, que no parezca sino que la tierra huye, avergonzada de verse por ellas tan sujeta.

—¡Magnífico! ¡soberbio! Pero noto que del pesimismo más completo que ha caracterizado á V. y á todos sus paisanos, en la cuestion del ferro-carril, pasan VV. bruscamente al optimismo más radical y absoluto; antes no creian VV. ni que sus tataranietos oirían silbar aquí á la locomotora y hoy, por el contrario, sueñan VV. con locomotora en todas direcciones y hasta con ferro-carriles á domicilio. Mucho cuidado con equivocarse.

—Oiga V., don Fulano, si me hiciera V. el obsequio de darme uno de esos preciosos ramitos que lleva V... Lo quiero para regalárselo á una niña que está ahí fuera encaramada en una silla, y que me tiene más abrasada el alma que lo están las entrañas de esa locomotora.

—Sí, con mucho gusto, pollo; pero hágame V. el favor de decir á esa beldad, que la Diputacion y el Ayuntamiento son los que la hacen el presente.

—Si lo haré, aun cuando no habia necesidad de ello, porque demasiado sabe que así como soy rico de corazon para adorarla, soy pobre de bolsa y por lo tanto, no podría yo comprar ramitos de flores de estufa como éstas.

Y para ver que las corporaciones reunidas continuaban haciéndolo bien, nos entraron en las que serán salas de espera de la estacion, donde se sirvió un espléndido «lunch», que nosotros hubiéramos llamado suculenta merienda; pero el temor de que alguien no llegue á entendernos, nos obliga á adoptar la primera denominacion.

—¡Pero qué es eso, don Cándido! ¿no toma V. nada? Una lonjita de jamon en dulce; un poco de galantina; lengua á la escarlata; un pastelito, un dulce, ¡vámos, ánimese V. y tome algo para beber una copita de Manzanilla ó de Jeréz!

—¡Mil gracias, amigo!, pero no tomo absolutamente nada; y no es por falta de apetito, antes, por el contrario, el viajecillo en el tren parece que me le ha aumentado, pues que conociendo lo que iba á ocurrir en esta fiesta, cambié, por hoy, la hora de comer y he tenido que

tomar mi colacion á las once, para estar á las doce en la Fuencisla, donde citaban las corporaciones.

—¡Ah, vámos, ayuna V! Pero hoy debia V. dejar el egoismo á un lado y hacerse la cuenta de que bien vale un par de tizonazos más, que le propine á V. Pedro Botero ó Pateta, en su dia, el asociarse en todo y por todo á todas las manifestaciones de júbilo por el fausto suceso que hoy Segovia celebra.

—Pero ¿qué es eso? ¿Qué pasa en el anden?

—Es que las señoras suben al tren y se prohíbe á los demás acercarse á él.

—Pues parece mentira; con poca consideracion las trata la multitud, y á no ser por aquellos intrépidos jóvenes, que á empellones las delienden, mal se verian para llegar hasta los coches.

—¡A ver! ¡Todo el mundo abajo! De orden del Gobernador civil y el Comandante militar, no irá nadie en el tren, más que las señoras.

\* \* \*

El salon está profusamente iluminado, parece un ascua de oro; la mesa, que se extiende á lo largo, perfectamente puesta; grandes jarrones con flores, alternando con platos montados, y soberbios candelabros de bronce la cubren en toda su extension. Grupos de macetas de plantas de estufa adornan el centro y los extremos de la estancia, perfumando con su aroma el ambiente tibio que reina en ella, el que, al respirarle, deja en el paladar un sabor especial que indica desde luego no sostiene miasma pernicioso alguno que haya de venir á torturar la alegría y expansion que va á reinar.

Cada uno de los convidados, en número de ciento, tiene asignado su sitio, pues su nombre se halla escrito al dorso de la tarjeta que indica el «menú» (detalle le hubiéramos llamado nosotros, una vez que el de los platos, es decir, de los guisos, se escribía en castellano).

—¡Pero de qué salon habla V? ¿De qué guisos y de qué platos?

—Pues claro está que hablo del salon de sesiones del palacio de la Excm. Diputacion, donde se celebró el jueves el banquete en honor de lo mismo que se festejó el día ántes y al que acudió todo el mundo oficial y todas las personas notables de la poblacion y de fuera de ella, cuyo número fué compatible con la amplitud de la sala, y eso que se redujo el espacio asignado á cada comensal á mucho menos de los sesenta centímetros que las ordenanzas culinarias marcan como límite inferior para estos casos.

¡Soberbia batería de botellas! Aquí las hay de todos calibres: Jeréz de á 20, Burdeos de á 30 y Champagne de á 40. Vámos, artillero, que si se descargan todas estas piezas, va á haber más difuntos aquí, que en el día 2 de Mayo.

Presidian la mesa, por un lado: el Gobernador civil de la provincia, que tenia á su derecha al ilustre presidente de la Academia española Sr. Conde de Chesté; despues al Brigadier de Artillería, Comandante militar de esta plaza y Director de la Academia de este arma, Sr. Bustamante; y á su izquierda, al ingeniero constructor de la linea, D. Miguel Muruve, y al Presidente de la Audiencia de esta provincia. Y por otro: el Presidente de la Diputacion, que tenia á su derecha al que lo es del Ayuntamiento, y al Sr. Delegado de Hacienda; y á su izquierda al Sr. D. Bonifacio Espinal, ingeniero jefe de la division de ferro-carriles del Norte, y al Sr. D. Tomás Baeza, Dean de esta iglesia Catedral, y despues estaban los demás, alternando con cada diputado ó concejal uno de los invitados.

Al llegar á los postres hubo brindis, empezando éstos por un sentido discurso, que con emocionada voz por la solemnidad del acto, pronunció el Sr. Gobernador civil. Despues siguió, con pura, correcta y castiza frase, el señor Conde de Chesté; luego el Sr. Presidente de la Diputacion y el del Ayuntamiento; luego los Diputados Sres. Orduña y Toledo; despues el Sr. Bustamante, que dirigió frases laudatorias al cuerpo de Caminos; despues el Sr. Muruve, que con sus promesas y seguridades, puestas de manifiesto con frase llena de entereza y precision, abrió, más de lo que lo estaban, los ánimos de los que le escuchábamos,

á la lisonjera esperanza de llegar en plazo breve, con la locomotora Perez-Rubio, á la estacion de Villalba.

Brindaron, además, los representantes de la prensa local, Sres. Ochoa (D. Antonio) y Rubio, y tambien el señor Llovet, quienes, el uno en prosa y los otros dos en verso, dirigieron sentidas frases de entusiasmo y regocijo; y ya se iban á cerrar los brindis, ó por mejor decir, cerrada su admision, hubo de abrirse de nuevo, no sabemos por mediacion de quién, y todavia hablaron el Sr. Castelo, inspirado y elocuente orador sagrado y canónigo de esta Catedral; los Sres. Lorente, Rivas y Herrainz; el conde de Villanueva y otro señor, cuyo nombre no recordamos ahora, pero que si recordamos bien se olvidó del de la amada del Dante y hubo que apuntárselo por lo bajo para que el hombre saliera del atranco. ¡Chifladura como ella!...

El último brindis fué pronunciado por nuestro querido amigo el concejal del Ayuntamiento, D. Pedro Berzal, y fué de los más notables por la correccion de su estilo y el entusiasmo y virilidad que rebotaban en todos sus conceptos; y luego despues, cada mochuelo se fué á su olivo, á seguida de las despedidas de ordenanza y de haber acordado unánimemente y por gran aclamacion, enviar á las Sras. de los presidentes de la Diputacion y del Ayuntamiento, y del ingeniero Sr. Canals, los tres ramos mejores que habia en la mesa.

Bien lo merecerán esas señoras, pues á buen seguro, que con los jaleos en que se han visto metidos estos dias sus cónyuges, más de cuatro de las rabietsas que hayan pasado éstos, se habrán transmitido á ellas íntegramente. Y como quiera que nos cansamos ya de escribir, y que esto va siendo demasiado largo, suprimimos los comentarios hasta la Resurreccion, se despide de VV. su affmo.

El Marqués del Zorroclín.



Accediendo á los deseos de los firmantes, insertamos la siguiente invitacion:

SEGOVIANOS: Los que suscriben han acordado invitar á todos sus paisanos y entusiastas por la prosperidad de la poblacion, para celebrar con un «almuerzo» el fausto acontecimiento de la llegada á la misma de la tan por todos ansiada locomotora que por hoy nos ha de poner en comunicacion con Medina del Campo, y al efecto se abre una suscripcion bajo la cuota de seis pesetas; cinco para aquel objeto y una para repartir entre los pobres, que se pagarán en el acto de suscribirse.

Dependiendo la designacion de sitio y dia en que haya de verificarse, del número de suscritores, se anunciará oportunamente en los periódicos.

Queda abierta la suscripcion en los puntos siguientes, hasta el dia 12 del actual:

Plazuela de S. Martin, despacho del procurador Sr. Cabrero. Juan Bravo 42, imprenta del Sr. Oñero. Plaza Mayor 42, comercio del Sr. Arenas.

Segovia 5 de Abril de 1884.—Manuel Cáceres.—Luis Leonor.—Gaspar Cabrero.—Mariano Galicia.—Eleuterio Oñero.—Segundo Sastre.—Victor Portal.—Mariano Quintanilla.—Pedro Romero Gilsanz.—Alejandro Cuevas.—Antonio Leonor Menendez.—A. Julio Gonzalez.—Julio Páramo y Arias.

**TRUENOS**

¡Coincidencia! En el ómnibus que me llevó el miércoles desde la Fuencisla á La Aparecida, iban tambien varios Sres. magistrados de la Audiencia de lo criminal, incluso su Presidente; en el coche que ocupé luego en el tren que me condujo á la estacion de Segovia, me encontré con los Sres. Juez de 1.ª instancia, Juez municipal y Fiscal de la Audiencia; y por último, el jueves, al salir del banquete celebrado en la Diputacion provincial, tuve la honra

de ir un buen rato acompañado por personas que en su mayoría eran de justicia.

Al saber esto, un amigo, que fué en Madrid periodista y estuvo el pobre encausado, me dijo:—Por si algun dia, escribiendo algun artículo ó algun suelto, te deslizas, es bueno que te acostumbres á andar entre la justicia.



La Escuela subvencionada del Centro, á cargo del profesor D. Estéban Vazquez Garcia, establecida en la calle del Parador, núm. 3, se ha trasladado, desde el dia 1.º del actual, á la calle de Juan Bravo, núm. 36, principal.



Tardó, pero vino al cabo; sí, llegó la feliz hora de entrar la locomotora en la tierra de Juan Bravo.

Y mi pecho, lo confieso, se dilata de alegría, viendo á Segovia en la via del floreciente progreso.

¿Quién entusiasmo hoy no siente? ¿quién con júbilo no aclama eso que la gente llama mónstruo de la edad presente?

Hoy hay entusiasmo, es cierto; mas será delirio, cuando pase ese mónstruo silbando por las entrañas del Puerto.

Y siendo el ferro-carril para Segovia un tesoro, grabar debe en letras de oro la fecha del DOS DE ABRIL.



DIÁLOGOS

—¿Por qué llovería el miércoles, dia memorable?...

—Hija, porque, por lo visto, Dios quiso bautizar la via.

—Vecina, ¿colgó usted el miércoles? —No señora.

—¿Nó? ¿Me extraña! —No colgué, porque mi esposo, ¡ay Dios! me dejó colgada.

—¿Colgada? ¡Yo no comprendo...!

—Pues la cosa está bien clara. Mi marido que es un tuno y es amigo de hacer gárgaras, me empeno, sin yo saberlo...

—¿Qué? —La colcha de la cama.

—¿Y usted se calló, vecina? —Callé... por no armar jarana. —Pues si es mi esposo, de fijo que le cojo de las patas y, en vez de colcha, le cuelgo en el balcon de mi casa.

Por falta de espacio, no nos ocupamos en este número de la tan cacareada cruz de San Andrés.

Imp. del suc. de Alba, plaza de Alfonso XII, 14.

Si queréis comprar barato, venid aquí cualquier rato.

